

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LOS PARAISOS DEL NUEVO MUNDO DE CRISTOBAL COLON.

Ó LA
FANTASIA

POR HERIBERTO FRIAS



MAUCCI H^{OS}

MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LOS PARAISOS DEL NUEVO MUNDO

ó

La Fantasía de Cristobal Colón

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900



Los Paraísos del Nuevo Mundo



¡Qué tremendo, qué maravilloso fué el primer episodio de la vida de un grande hombre, amiguitos míos!

Pero antes de que llegara á nuestras hermosas y fértiles tierras, tocando en las costas del Golfo de México, antes de que tantas cosas magníficas ocurrieran en lo que era nuestra hermosa patria, y que todavía lo es, antes, como os decía, el gran Cristóbal Colón, que era un marino lleno de entusiasmo, vagaba en carabelas, que eran unos barcos pequeñi-



tos, queriendo encontrar hermosos mundos desconocidos.

*
* *

Escuchad ahora lo que pasó una noche, escuchad tan solo unos momentos el terrible espectáculo de los horrores de unas batallas y de las hermosuras de

unos paraísos desconocidos, que pasaban en el nuevo territorio que iban á descubrir... Escuchad, amigos míos.

· · · · ·
· · · · ·
¡Qué noche tan horrible era aquella!... Bramaba el huracán con estruendo horrendo; los rayos rasgaban las tinieblas negrísimas... y allá, muy lejos, los relámpagos verdes, azufrados, rojizos y blancos, deslumbraban por todos los horizontes... ¡Qué horror... qué espanto!

· · · · ·
Un joven, de pié, en una isla muy pequeña, que era la concha de una Sirena, miraba con espanto la tempestad.

De repente, al lado del joven, allá entre las sombras, los rayos, los relámpagos, los truenos y los torrentes de agua al lado del atrevido marino, que se encontraba por encanto en aquel lugar espantosísimo, llegó una blanca figura que parecía envuelta en gasas tan finas, blancas, delicadas y largas, que parecían rayos de luna. Los ojos de aquella vir-

gen celestial eran dos luceros, dos clavos de diamantes...

¿Quién era aquella preciosísima visión?...

¿De dónde venía, precisamente á la hora de la tempestad, cuando parecía que todo iba á acabarse?... ¿Por qué en la mayor obscuridad se aparecía?

Todas estas preguntas se hizo nuestro atrevido marinero, que se hallaba aquella noche sobre la concha de la Sirena... y al ver la blanca visión, el marino tuvo después tanta alegría, que empezó á cantar.



¡Cantar!... ¿Cantar... cantar?...

¿Pero qué orgullo era aquel? ¿Por qué cualquier joven se atrevía á cantar en medio de la tempestad?

—¡No... no... no!...—contestó por tres veces con acento de trueno, que retumbó en la inmensidad de los mares.—¡No!

Y después, dominando el estruendo de

las olas y del huracán, se escuchó esta deliciosísima voz:

*Más que el canto, escucha el grito
De ¡Mar y tierra! profundo,
¡Cristóbal ve al infinito
Imperio del Nuevo Mundo!*

El joven marino, al escuchar á la encantadora figura blanquísima, tan majestuosa entre tantas tinieblas, creyó morir de sorpresa cayendo sobre la concha de nácar de la Sirena. Porque sabía que cuando un marino oye en el mar, en el instante de una tormenta, la voz de varias mujeres, entonces... ¡ay! entonces es perdido... ¿Qué haría el pobre al escuchar aquellas canciones magníficas, que parecían cantadas en el mismo cielo, por lo tierno y delicado?

Mas, de pronto, volvió á oír la misma voz, contestándole con el mismo acento: —Mira, Cristóbal; no tiembles. ¿Ves el espantoso combate que están batallando al mar mismo, allá lejos, esos monstruos?

¿Los ves?... Sí, sí; los debes contemplar á la luz de los relámpagos. ¡Mira... mira!... Ese es el gigante Occeano, viejo, tembloroso y eternamente rugiente; ese siempre tiene cólera, y no puede sentir sin odio las travesuras de un gigantillo llamado Eolo, que lo está viendo convertido en monstruo. Además, están entrando en la batalla que están trabando esos monstruos, amigos míos; además, allí en el fondo de la Noche, está riéndose con ira la señora Vida... y en frente la que al triunfar llora y solloza muy amargamente, es... ¡la Emperatriz de la Muerte!

—Pero ¿por qué batalla tanta?—preguntó el marinero á la bellísima figura.

—Porque se disputan el imperio de los países desconocidos... Oye, oye, audaz Cristóbal, como rugen las olas del mar, como roncán los truenos... ¡es la batalla de los monstruos!... Mira, mira... ¿ves el combate de la Muerte contra esas agradables y hermosas mujeres sirenas, peces doncellas?... ¿No ves, como las sirenas azules combaten contra los tiburones



negros, que son los centauros del mar... los demonios con aletas del huracán, cuando, como ahora, llueven rayos y vomitan relámpagos las nubes?... ¿Ves, joven Cristóbal, la batalla de la Vida y la Muerte?...

Mientras el combate de aquellos monstruos se desarrollaba allá en el fondo de las tinieblas, en alta mar, cuando la

Muerte, el Océano, el Huracán y la Vida, luchaban ferozmente, mientras el combate era espantosísimo, el marino Cristóbal se veía acariciado por la voz melancólica y dulcísima de la blanca criatura, de aquella tierna y sacra virgen...

*
* *

La noche seguía obscurísima; bramaban los huracanes y las olas, y todo era pavor.

Sobre la concha, estaba el marinero mirando hacia un lejano punto del cielo.....

—¡Alto ahí!... ¡alto ahí!—gritó una voz con ímpetu atroz.

—¿Quién eres?—preguntó dulcemente la mujer, llamada Ciencia, deteniéndose.

—¡Alto ahí! Soy la Montaña sin Punta, el Monte Negro, el Arrecife de la Desgracia. Los que quieran pasar por aquí, se vienen de frente y con altas cabezas se estrellarán; los que quieran rodear se

salvan... Váyanse atrás; pero tienen que volver hasta dentro de muchos años... ¡Atrás, atrás!...—volvió á gritar horriblemente la monstruosidad negra.

—No te detengas, amigo mío,—le dijo entonces al marino la blanca Ciencia.—
—Toma para la batalla esta lanza de punta de brillantes y cíñete la coraza de acero de mi amiga Fe; coloca en tu cabeza el casco deslumbrador de la intrépida amazona Esperanza, y cuélgate con estos cordones de oro esta riquísima esclavina, que usa la agraciada Caridad. Y ahora, audaz y soñador Cristóbal, lánzate hacia adelante, sobre ese islote, escarpado monte, escollo de la Isla Siniestra. Lucha con fe y con esperanza en el amor, guiado hacia los paraísos del Nuevo Mundo que anhelas y que buscas, por los consejos que te he dado siempre. Acuérdate que yo soy la deidad que has amado siempre con todo tu corazón. Acuérdate que soy tu adorada Ciencia.

Ya el huracán había pasado; los truenos horrisonos se habían extinguido; el mar inmenso estaba tranquilo y negrísimo, espantoso; ya ni siquiera había relámpagos. Todo era soledad y silencio... Tan solo sobre su concha de nácar bogaba el marino; pero ya no iba pobremente vestido, oh, no!... llevaba la gran lanza, la coraza y el casco. Entonces la batalla fué contra las legiones de monstruos que salieron cabalgando sobre largas y enroscadas serpientes, que fueron, anda y anda, por las sombras de los aires, y nada y nada, por las tinieblas de las olas, y galopa y galopa, porque estas serpientes tenían patas como caballos, alas como águilas y aletas como tiburones. . . .

Ya podrán imaginarse mis lectores, lo espantoso del combate del héroe Cristóbal, contra los monstruos del Arrecife Negro. Con la lanza de la Ciencia arremetía contra sus enemigos, hijos de la monstruosa y cruel la Envidia, y con la coraza de la Fe, sostenía sin doblegarse

los choques de los guerreros de la Calumnia y el Error... ¡Y qué largo y terrible fué el combate!

Hasta que al fin venció el audaz marino, llevando sobre la concha que le servía de embarcación, todos los despojos de sus enemigos.,.

¡Con qué alegría se puso á cantar!... Y siguió bogando, bogando... y pasaban días calurosos y terribles, y noches de tinieblas y traiciones, y nada, nada... ¡no llegaba á las islas maravillosas del Nuevo Mundo!

—¡Tierra!... ¡Tierra!...—cantaron desde el fondo del mar Atlántico, las hermosas sirenas... Encontrábase el marino delante de unas regiones soberbias. ¡Qué espléndido sol, iluminando bosques de palmeras, de plátanos, de manglares y chirimoyos, que perfumaban el aire! ¡Cuántasavecillas canoras, ruiseñores, zentzontles y clarines reales y aves de plumajes espléndidos, guacamayos, colibríes y soberbios loros... bosques de limoneros cubriendo grutas, donde las piedras



que se desmoronaban eran de oro puro... ¡puro oro!... y llanuras donde brillaban al sol, con relámpagos verdes y rojos, las esmeraldas grandiosas y los redondos y soberbios rubíes... Y allá, por lo alto de las montañas de granito con penachos de nieve, las águilas soberbias... y en las playas y en los valles y prados, hombres semi desnudos, de cutis de bronce; plu-

mazones de varios colores en la cabeza, collares de piedras finas... y sobre todo esto, una soledad tristísima...

Eso fué lo que vió Cristóbal... y tuvo que contemplar atroces batallas, y vió que los arroyos cristalinos de aquellos paraísos, se teñían de sangre. También aquellos desnudos hombres, color de bronce obscuro, ¡también se mataban!... Y Cristóbal miró más hacia el Poniente, y vió tras los mares más tierras inmensas, más montes y sierras y selvas...

—¿A dónde, á dónde ir?—se preguntó.
—¿Qué hacer?... ¿qué hacer?...—y salió por fin el sol rojo y enorme, allá á lo lejos... y vió levantarse por otro punto del cielo, una inmensa cruz negra, claveteada de estrellas y chorreando goterones de sangre...—¿Qué será ésto?... ¿Qué tierras de paraísos serán éstas, tan bellas? ¡Hasta dónde he podido llegar, tan sólo y contra tantos enemigos!—exclamó de nuevo, y quedó tendido de cansancio y emoción, sobre la arena de la playa nueva...

Es de día... ¡Qué grito tan espantoso lanzó el joven marino Cristóbal Colón, al levantarse!... ¡Todo había sido un sueño, un hermosísimo sueño!

—Este sueño, ¿será verdad?... Allá, mucho más allá de estos mares, más allá del Océano, después de luchar, como lo soñé, contra tantos enemigos, he de lograr un día descubrir, por fin, los paraísos de un Nuevo Mundo!... Ahora voy á que me ayuden la Ciencia, la Fe, la Esperanza y el Amor... ¡Vamos á combatir!...

Así dijo el marino Cristóbal Colón. amiguitos míos, hace unos seiscientos años; y desde entonces, nuestra querida América, nuestra adorada patria americana, estaba ya para recibir el bautismo de luz de su descubrimiento, el bautismo de sangre de su conquista.

- Historia de Meztlichotil**
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo